

## Ese punto limítrofe

**N**osotros no nos movemos de aquí!», fue el grito que lanzó un audaz compañero escondido tras el tumulto que formamos al bajarnos del bus. Intentábamos comprender el motivo por el cual Pino Sánchez daba la orden de retornar, dejando inconcluso el viaje a Santa Cruz de la Sierra en ese punto limítrofe.

Estábamos entre Argentina y Bolivia, a metros del puente que une las ciudades de La Quiaca y Villazón. Para entrar a Bolivia necesitábamos visas y permiso para los buses, vaya uno a saber cuál, que nuestros choferes habían pasado por alto. Era **1993**.

Nuestra desilusión era nada al lado de la ira de Pino, y aun cuando ese grito desafiante podría haber significado el término de una carrera profesional, la energía desatada permitió a un par de estudiantes conectarse con alguien de por ahí, que conocía al de por allá, que podría hacer que pasáramos por acá.

Recuerdo a Pino arremangarse la camisa bajo el implacable calor y desaparecer entre la gente o quizá subirse al bus. Tal vez acompañó al compañero de los contactos de alto rango en Chile a hacer varias llamadas de teléfono. Lo cierto es que no lo vi más.

Juan Purcell, mientras tanto, mantenía su habitual calma. «No te enojés, Pinito», le decía confiando en que las conexiones telefónicas darían buen resultado.

Mientras las llamadas de teléfono iban y venían, un grupo de nosotros nos dedicamos a cruzar el puente, como si con ese acto repetido una y otra vez los guardias de la Aduana logran apiadarse de este grupo y nos permitieran pasar así sin más.

«Todos al bus», gritó alguien de nosotros. Corrimos sin saber si era para cruzar o volver.

La operación fue rápida. Mientras saltábamos al interior preguntábamos: «¿Qué pasa?, ¿seguimos?». «¡Sí!», decían unos. «¡No!» decían otros. Un minicaos se generó en el interior.

Gritamos de alegría cuando nos vimos cruzando el puente, esta vez, con bus y todo. Santa Cruz ya no era un mito. Pasado ese límite era una realidad. Solo nos quedaba cruzar la selva que nos trajo otros impedimentos, pero eso lo contaré en diez años más.

Recuerdo que por esa arenga temimos por nuestro compañero. Reprobar era el mínimo riesgo al que se había expuesto, por lo que hicimos todo lo posible para que nunca, nunca se supiera quién era el dueño de esa voz.

Valiente compañero, gracias a ti, llegamos a Santa Cruz o al menos así lo recuerdo.

Michèle Wilkomirsky Uribe